

Adriana

Rocío Miranda

Escuchaba jazz como una forma de estimular la memoria y recordar momentos en los que fue feliz, aunque hubieran sido fugaces, y que tenía asociados con esa música. O eso creía, porque la memoria le fallaba con los años y quizá lo que evocaba eran los momentos en los que habría deseado sentirse así. Y la música tal vez se la había apropiado de una película y ahora le venía bien. Nostalgia al fin; de lo que fue y de lo que no, dice Adriana en voz alta levantando la copa de vino para brindar con nadie, con el pasado.

Recuerdos contruidos y llenos de lugares comunes: el departamento lujoso en un piso desde donde se ve la ciudad iluminada, las cortinas que se mueven con el viento, la media luz, la música suave de un saxofón, la copa de vino, los zapatos altos, la falda entallada, el cabello recogido con un lazo, la juventud... ¡Corte! No podía escribir un guion con referencias tan vagas y estereotipadas y que, además, ni siquiera la ponían a tono, en la frecuencia emocional que necesitaba.

Algo no encajaba. Así era y no era así. ¿Por qué sentía que algo faltaba o estaba de más? Faltaba, para empezar, el objeto del amor. ¿El sujeto? Adriana se levanta de la mesa de trabajo para picarle a la tecla de repetición automática en su equipo de sonido. Una y otra vez las mismas piezas. Paul Desmond tocando rolas de varias décadas. No entiende por qué una música que no fue de su tiempo le genera nostalgia.

Hace un esfuerzo de concentración, retoma puliendo detalles y consigue, como en una nave del tiempo, irse a épocas anteriores. Tiene que cambiar de escena: los zapatos toscos de plataforma, la minifalda, el pelo largo y suelto, la adolescencia, el frontón acondicionado como pista de baile, el licor barato introducido a escondidas, las luces psicodélicas, el conjunto de rock tocando y desafinando los covers de moda a todo volumen... los Doors, los Bee Gees, los Beatles, los Rolling.

Las imágenes se interrumpen de nuevo con el intento de recuperar las sensaciones. Hay diez años de distancia entre un recuerdo y el otro. Pero en ambos cree percibir una sensación de vacío. El gozo no aparece en su memoria emotiva, sino en una más intelectualizada. Recuerda que lo sintió, pero no logra reproducir la sensación. Dos recuerdos separados en el tiempo por muchos años. ¿O fueron dos vidas?

Eso. Quizá ése debería ser el nudo de la historia: que cada persona vive en realidad varias vidas; porque cómo, si no, se explica que uno desempeñe distintos personajes con roles, entornos, intereses y actividades diferentes, con grupos de amigos que poco o nada tienen que ver con los de la etapa anterior... y sin embargo nosotros, los de entonces, sigamos siendo los mismos... aunque el poema diga lo contrario. Adriana se sirve otra copa de vino. Ya no son tan buenas como las de antes, ahora duran menos.

El misterio estaba en las uniones, en los engarces de esas vidas; traslapes quizá, que de tan sutiles pasan inadvertidos y solo con el tiempo, mucho tiempo después, es que se descubre que casi nada de lo que estaba en un momento preciso, persiste. Nada.

Platicado hasta podría entenderse. Adriana deja de teclear. Pero convertirlo en guion sin recurrir al calendario, al reloj, a un oscuro o peor todavía a un letrerito que diga «Diez años antes», es otra cosa. Cualquier cliché para indicar una elipsis es una narración fallida. Ahora abundan los cambios de tiempos sin previo aviso y claro, a veces ni el director entiende la peli, pero por lo menos no tilda de idiota al que la ve explicándole todo.

Habrà que encadenar algunas peripecias que indiquen por qué su protagonista se tuvo que cambiar de colonia, de escuela, de vida... sin recurrir, claro, al accidente automovilístico donde sus padres se matan. ¿Por qué el departamento lujoso le genera la sensación de vacío? ¿Por qué el sujeto de la pasión no se presenta a la tocada en el frontón? El vacío, la soledad serán como una constante en su vida. Eso. Una historia simple y común.

Pegada a la compu, Adriana no percibe que el día acabó, escribe con la luz de la pantalla y una lámpara lejana que se enciende sola en el balcón. Luego pensará en los engarces, por ahora no quiere perder el tono lacrimógeno que tan bien le sienta a las historias de vida en el cine comercial. Y eso es lo que paga. No la sutileza de

los acontecimientos sin explicación ni lógica, no las contradicciones normales de la vida. Como la suya, como la de su protagonista. Ya encontrará esos engarces después, mientras mantenga contacto con la realidad, mientras no deba recurrir a sus viejos diarios para refrescar la memoria.



Anónimo (2014). Linóleo, dibujo y collage: Ferney Shambo.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.

Recibido: 8 de junio de 2021

Aprobado: 1 de noviembre de 2022